

De regreso á su patria, publicó sus primeras poesías, titulándolas *Voces de la noche* (1840), ensayos juveniles y fugitivos que llamaron la atención de los literatos, ya por la elevación de ideas, ya por la exquisita gracia de la forma. Cambridge y Boston saludaron entusiasmadas al nuevo vate, viendo dibujarse en él á una de las primeras glorias literarias de los Estados-Unidos, y muchos de sus ensayos líricos ocuparon honroso, justo lugar en las colecciones de la lengua inglesa. Las composiciones más populares de Longfellow son: *El salmo de la vida*, poesía escrita á la edad de diez y nueve años y en cuyas viriles estrofas se revela la bravura del joven guerrero vencedor en cien combates, que protesta contra el cobarde pesimismo de maldiciente, enervadora musa: su famosa oda *¡Excelsior!* que ha dado la vuelta al mundo, escrita en hora feliz de inspiración verdaderamente sublime, *Sursum corda* de la musa americana, grito de alma poética y siempre más valiente á medida que los trabajos se suceden en la vida y los años atropellan á los años; *La arena del Desierto en el reloj de arena*, en cuya composición no se sabe qué admirar más, si la originalidad de la invención ó el esplendor con que la decora; los *Niños*, en que el poeta revela la delicadeza del sentimiento y la ternura del corazón; el *Viejo reloj*, el *Puente de piedra*, y *Las aves de paso*, composiciones celebérrimas donde lo inesperado y original, el sesgo rápido del pensamiento y la suavidad y delicadeza áticamente elegantes arrancan al lector un grito de admiración y de entusiasmo.

En las poesías de Longfellow hállanse acentos de viril, no estóica filosofía y arrebatos de un alma religiosa sin asperezas ni artificios ni divagaciones panteísticamente sentimentales: exhálase de ellas primaveral perfume que embarga deliciosamente al alma. En esta rápida revista no debemos pasar en silencio el *Herrero de la aldea*, canto de las virtudes modestas, y en el que parece sentirse el rumor de la vivificante brisa del trabajo.

La musa de Longfellow, casta y virginal, ignora el tumulto de las pasiones y el vértigo de los placeres. Sumisa á la providencia, á quien admira en sus prodigios, jamás se convierte en acusadora y reconoce sus bondades hasta en nuestros padecimientos. Conmovedora es su melancolía porque carece de soberbio egoísmo, brotando de su corazón enternecido ante los dolores de nuestro valle de lágrimas. Revelase este sentimiento en multitud de composiciones líricas como el *Endymión*, *La copa de la vida*, *El día de lluvia*, donde clásicas bellezas esplenden al fulgor de las

llamadas de la caridad cristiana.

Todas las poesías líricas de Longfellow son ingeniosas, originales y brillantes, pero no merecería el título de gran poeta si no estuviese dotado de más poderoso estro, capaz de concebir y dar vida á obras más importantes. El autor de *¡Excelsior!* y del *Salmo de la vida* ha coronado su carrera con inmarcesible aureola, produciendo á *Evangelina*, poema inmortal que vivirá tanto cuanto *Dafnis y Cloë*, cuanto *Pablo y Virginia*, cuanto el hombre rinda culto á la belleza literaria y á la pureza moral.

En rápido bosquejo daremos á conocer á nuestros lectores este poema, verdadero florón de la literatura norte americana.

La escena pasa en la Acadia, colonia francesa cedida á los ingleses por Luis XIV y que hoy lleva el nombre de *Nueva-Escocia*. En virtud de una orden de lord Chatam, todos los colonos se reunieron en la iglesia en determinado día y hora para anunciarles, reteniéndolos prisioneros, que sus bienes iban á ser confiscados, destruidas sus viviendas y dispersadas sus familias. Esta orden, expedida por Inglaterra en pleno siglo XVIII fué ejecutada por implacable gobernador, el mayor Lawrence. Un episodio de esta atroz historia constituye la urdimbre de *Evangelina*, que es como un drama conmovedor desempeñado por reducido número de personas con cambios continuos de escena y en medio de decoraciones de espléndida magnificencia.

(Concluirá.)

ELS PRIMERS BATECHS

Aquell cercol de noyas bonicas, emplaynadas, no l' atreyan, no 'l captivavan. Ell buscava á la seva Quimeta, y la Quimeta no hi era. Pru mirava y tornava á mirar, però 'n lloch la veyá.

Alló 'l contrariá y l' aná posant de malhumor. Sa alegría de la diada, s' enfosquí de mica 'n mica, ab una pesadesa cantalluda, aspre, sense suavitat ni dolcesa de cap mena. A n' al coll hi tenia una sequetat á cada moment més molestosa; li feya venir oyts, ganas del tossir, pero no passava de la gargamella, porque al serhi li retornava coll avall ab un regust de cosa amarga com de llágrimas deixatadas. El cap el tenia pesat, mitg tonto; de mal no n' hi feya; pero li semblava que una má barruera li anés apretant á cada punt ab